

UNA PIEDAD

HACIA

UNITARIA



Fco. J. Rodríguez Molero, S. J.

Han pasado ya algunos años, siete u ocho, de aquel furor que causó el libro de Lili Álvarez, *EN TIERRA EXTRAÑA*. De gran valor en el momento que apareció porque despertó muchas conciencias, sobre todo seculares, por su pensamiento audaz y claro, agudo como una lanza, en defensa del seclerismo y su integridad, y por los valores formales de

su bella y sistemática arquitectura, que invitaba insensiblemente a una lectura continuada. Tenía la fuerza de una reacción clamorosa y algo violenta contra la ascética tradicional. Esta y otras voces más autorizadas han difundido la idea de que la espiritualidad inculcada desde siglos a nuestros seculares es de marcado sabor ascético-monástico,

espiritualidad

y por tanto, negativa (1). En efecto, las virtudes que predominantemente cultiva son las llamadas pasivas: abnegación, pobreza, crucifixión. Que están inculcadas por la Sagrada Escritura: "No améis el mundo, ni nada de lo que en él existe" exhorta S. Juan en su 1.^a Epístola (1 Jn. 2,15), porque "el mundo entero está bajo el poder del Maligno" (1 Jn. 5,19). Y S. Pablo: "Los que son de Cristo, han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias" (Gal. 5,24). La cruz se yergue en el centro del cristianismo sosteniendo en sus brazos la gran revelación del misterio de Dios: su Hijo Crucificado. Algo humanamente absurdo; algo que los hombres nunca podrían esperar: ¡El Logos divino, hecho carne nuestra, colgado de una Cruz! Los judíos y los gentiles sólo concebían una revelación de Dios en poder o en sabiduría. "Pero el poder y sabiduría de Dios, para los llamados, sean judíos o griegos, es Cristo" (1 Cor. 1,24). A Cristo crucificado predica S. Pablo, escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles (1 Cor. 1,23); eso es lo único que sabe (2 Cor. 2,2) y lo único que predica. "Pues la predicación de la cruz será locura para los que se pierden. [para los que ya están labrando su condenación], mas para los creyentes, [para los que han empezado su salvación], es poder de Dios" (1 Cor. 1,18). Y esa cruz de Jesús entraña nuestra propia cruz. Su árbol bendito irradia su sombra sobre toda nuestra vida humana existencial y concreta. El sufrimiento forma parte de la economía ordinaria del cristiano. Cristo no ha muerto en la cruz para dispensarnos de morir, sino para animarnos a morir cada día voluntariamente. La cruz es el único medio que tenemos de ascender a

Dios (2). Todas nuestras obras para ser meritorias delante de Dios necesitan estar marcadas por la cruz; ninguna cosa nuestra llegará a su término sin el sello de la cruz. "Si el grano de trigo no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn. 12,24). Sin humo quemado no hay incienso, sin sacrificio no hay salvación. Y el cristiano generoso no se limita a aceptar resignadamente las pruebas que Dios le mande. Eso le parece poco para asemejarse a su Señor crucificado. Y coge su vaso de mirra y sale espontáneamente al encuentro del dolor. "Si sufrimos con Cristo, seremos con El glorificados" (Rom 8,17). Y "si morimos con El, viviremos con El" (2 Tim 2,12). Por ello se somete a una ascesis y disciplina diaria, como S. Pablo: "Oprimo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea rechazado" (1 Cor 9,27). Bajo esta perspectiva la espiritualidad cristiana consiste en "llevar siempre en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús" (2 Cor 4,10).

Esta doctrina no es una sistematización tardía hecha por S. Pablo o S. Juan. Los Sinópticos nos la transmiten también como enseñanza de Jesús desde el primer momento de su predicación. En efecto, en los tres primeros Evangelios, Jesús llama bienaventurados a los pobres, a los mansos, a los perseguidos, y pone la perfección en la sencillez, en la infancia, en la debilidad. Para ser su discípulo hay que renunciar a los propios bienes (Lc 14,34), a los seres queridos: padre, madre, mujer, hijos; incluso a la propia vida (Lc 14,26). Y de manera categórica formula su exigencia explícita de la cruz: "Quien no lleva su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc 14,27). Y en ese clima de generosidad brilla la afirmación más audaz del Evangelio. Esa frase que el defensor de la pobreza efectiva y voluntaria, S. Lucas, no se atrevió a citar, tal vez por no encontrar términos que la dulcifica-

(1) Cfr. IVES M.-J. CONGAR, *Jalones para una teología del laicado*, 1.^a ed. españ. Barcelona, 1961, p. 516.

(2) Cfr. ODO CASEL, *Misterio de la cruz*, trad. españ. Madrid 1961, p. 50.

sen (3). Es la invitación a la virginidad voluntaria que recoge S. Mateo: "Hay eunucos que se han hecho tales por el reino de los cielos". El texto de la Vulgata es muy expresivo: "qui se ipsos castraverunt propter regnum coelorum". Y el Señor añade: "Qui potest capere, capiat"="El que pueda entender, que entienda" (Mt 19,12) porque eso es un don del cielo para los escogidos.

La abnegación es ley fundamental del cristiano: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc 9, 23). Para seguir a Cristo no sólo hay que combatir el amor a los bienes exteriores, "ut abnegemus nostra", dice S. Gregorio Magno, sino también el amor a nosotros mismos, "ut abnegemus nos" (4). Hay que negar no sólo lo que se tiene, sino lo que se es. Esa es una idea constante en toda la espiritualidad, tanto patristica y medieval como moderna. Para las primeras generaciones cristianas el ideal era llevar una vida angélica, mediante la entrega absoluta de sí, que culminaba en el martirio o en la vida de anacoreta o virgen. Así cumplían la consigna de Cristo: "No son del mundo, pero están en el mundo" (Jn 17,6-19). No pertenecían al mundo porque habían sido llamados por Dios y tenían conciencia de ser su pueblo y su Cuerpo místico. Aunque ciudadanos leales de este mundo, se sentían peregrinos hacia una ciudad mejor y eterna. Iluminados por esta perspectiva escatológica, se esforzaban por una santidad absoluta y miraban todas las cosas sub specie aeternitatis (5). Esa constante referencia a lo único necesario, esencial al cristianismo, se halla en

todas las etapas de su historia, pero con matices distintos. En la época de la floración cisterciense, el principio "A quien Dios basta, nada le falta" expresa de manera bella la conciencia medieval de la absoluta primacía de lo celeste y la palidez total de lo terreno, que sólo sirve de ocasión o medio para ganar la gloria eterna. En la edad moderna, el Cardenal Pedro de Berulle, una de las más grandes figuras de la rica espiritualidad francesa del s. XVII por sólo citar un ejemplo, afirma categóricamente: "Este espíritu de abnegación es propiamente el espíritu de Jesús..., por este espíritu rigió Jesús su vida, pues la vida de Jesús sobre la tierra fue vida de cruz y abnegación perpetua. Y de esta vida de cruz y abnegación perpetua de Jesús nacimos y nos hemos formado nosotros. En su cruz nos concibió, en su muerte nos dio a luz, y somos hijos de Dios muerto, como El es Hijo de Dios vivo. Y por eso, el autor y doctor de la vida, Jesucristo N. S., comienza y consume todas sus enseñanzas en la abnegación de sí mismo" (6).

* * *

Frente a esa ascesis de la abnegación y el dolor se levanta hoy la bandera de una espiritualidad positiva y creadora. Como en la era de los descubrimientos, el hombre contemporáneo se siente embriagado por las conquistas extraordinarias de nuestra cultura. Esas adquisiciones en el mundo de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande han estremecido su conciencia demiúrgica. Su afán creador y sus ansias de dominio del universo le han lanzado a esa carrera vertiginosa por el mundo de la geografía sideral. Y ese entusiasmo por la creación ha suscitado una espiritualidad del mismo signo. Es la llama-

(3) Cfr. L. BOUYER, *Humain ou chrétien?* Paris 1958, p. 42.

(4) GREGORIO M., *Hom. 32 in Ev.*; ML 76, 1.232; *Moralia* 33, 6; ML 76,687.

(5) Cfr. S. CLEMENTE ROM. *Epist. ad Cor.* 4 a 32; Rouet de J. 11 a 16.; S. POLICARPO. *Epist. ad Philipp.*, 2,3; 12,2; Rouet de J. 71,76

(6) Cfr. P. DE BERULLE, *Opusc. de piété* Oeuvres compl. Paris 1856, p. 1.163.

da espiritualidad adámica, la que conviene al hombre tal como salió de las manos de Dios: impulsivo, afanoso, fáustico. En la que subyace una exaltación de lo creador. Los valores espirituales que se cotizan son los de la primera página del Génesis; los dones que interesan son los que perfeccionan la existencia humana; las virtudes máspreciadas son la lealtad, la honradez, la justicia, la verdad... o sea las anejas a la superación humana. Y la Biblia contribuye a esos descubrimientos maravillosos, que asombran al hombre actual. Las fuerzas físicas que la técnica pone en manos del hombre ¿no son como una recuperación de los dones preternaturales que la vieja Teología declaraba perdidos por la culpa original? (7). La Sagrada Escritura, en efecto, desde su primera página proclama que todas las cosas de este mundo han sido hechas por Dios. Y cuando Dios vio que la creación material era buena, la completó creando al hombre. El hombre es el realizador de los planes de Dios, su colaborador en la gran obra de la creación. Su actividad, incluso material, su fecundidad, es bendita por Dios. Más aún, es la faena propia que Dios le ha asignado, y por medio de ella será imagen viva de Dios. La voluntad de Dios para el hombre es, pues, esa vida creadora y procreadora. El hombre cooperando con Dios hará llover las bendiciones del cielo sobre la tierra y la hará fructificar profusamente en trigo vino, aceite... Y una radiante corona de hijos será el fruto bendito de su unión con la mujer. El Salmo 127 proclama jubilosamente: "Dichoso el que teme al Señor y anda por sus caminos. Porque su esposa será como vid fructífera en el recinto de su casa, y sus hijos serán como renuevos de olivo alrededor de su mesa". Es el himno que la Iglesia repite alegremente cada día en las preces finales de la boda después de la entrega de los anillos y las arras.

(7) Cfr. L. BOUTER, o. c. p. 44.

El Nuevo Testamento continúa esa melodía con nuevos acordes. El Prólogo del cuarto Evangelio nos dice: "Por el Verbo han sido hechas todas las cosas y sin El nada se hizo de cuanto ha sido hecho... El mundo fue hecho por El", (Jn 1,1.10). Luego todo cuanto existe, todas y cada una de las criaturas, sin excluir ninguno de sus géneros, son obra suya. El es su causa única y principal. En todo ser físico o espiritual debemos, pues, reconocer y admirar como un eco sustancial del Verbo divino. Cada cosa es como una alabanza viva del amor de Dios. El mismo S. Juan, el del odio tajante al mundo del pecado, nos trasmite esa afirmación asombrosa del amor cósmico de Dios: "Así amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en El no perezca, sino tenga vida eterna" (Jn 3,16).

En esta concepción creadora parecen identificarse la obra del mundo y el reino de Dios. Hay una proporción directa entre reino de los cielos y ciencia, progreso o acción. A más obra creadora, más santificación; a más ciencia o técnica, más reino de Dios. El maximum de cristianismo estaría donde se realizara el maximum de compromiso eficaz en la obra del mundo (8).

Hay pues, dos tipos extremos y precisos de espiritualidad o de vocación. Una redentora y otra creadora. Una adámica y otra crística. Una de trascendencia y otra de encarnación. Una ascendente, propia del religioso, que es pura oblación y dimisión de sí, hasta ser arrebatado al cielo; y otra descendente, propia del seglar, que con su quehacer mundano trae de nuevo a Cristo a la tierra y encarna a Cristo en la variedad de sus ocupaciones temporales (9).

(8) Cfr. CONGAR, o. c. p. 516.

(9) Cfr. LILI ALVAREZ, *En tierra extraña*, Madrid 1956, p. 85 ss.

Cabe preguntar ¿qué relación guardan entre sí esas dos espiritualidades? ¿Son plantas que crecen en el jardín del cristianismo con singularidad irreductible, en una relación de oposición? ¿como dos formas maestras o básicas de espiritualidad en una mutua situación polar? Sus notas características se oponerían entre sí como el día y la noche: Frente a la renuncia, la conquista; frente a la abnegación, la creación; frente a la entrega, la autoposesión; frente a la humanidad y la obediencia, la autonomía y la libertad; frente a la segregación o separación, la sumersión y compromiso en el mundo. Así a los ascetas y vírgenes, a los hombres y mujeres de la continencia y la abnegación voluntaria, que son un testimonio vivo de la cruz en la Iglesia, se opondrían las vocaciones creadoras, los hombres y mujeres que se entregan a la faena de continuar la creación, que son los que llevan a sus espaldas la realidad terrena y dan a cada cosa un nombre para elevarlas a Dios.

Pero esos cuadros tan perfectos, de perfiles tan precisos, son demasiado bellos, para ser verdad. Ni se pueden acumular todas las notas negativas en la renuncia ni todas las positivas en la creación. Porque entonces las virtudes típicamente cristianas supondrían una mutilación o despersonalización, el cristianismo se reduciría al dolorismo nietzscheano y el pesimismo sería la actitud normal del creyente, cuando al contrario el optimismo cristiano es el más radical y total que existe. Si S. Pablo habla de crucificar la carne, se refiere al hombre entero, alma y cuerpo, alejado de Dios: al hombre viejo, que debe morir místicamente a la impureza, malos deseos y codicia, para luego revivir en el hombre nuevo. (Col 3,5). Tan positiva es la idea que el Apóstol tiene de la "redención de nuestro cuerpo" (Rom 8,23), que no duda en afirmar a los corintios: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?" (1 Cor 6,15); "¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Es-

píritu Santo?" (1 Cor 6,18). Para él no tendría sentido una vida eterna de sólo el alma. Precisamente todo el magnífico capítulo 15 de la 1.ª a los Corintios es un himno triunfal y exultante a la Resurrección: a la Resurrección de los muertos, o sea del hombre entero, alma y cuerpo. La fuerza de Dios salvará al hombre tal como es, alma y cuerpo, y le glorificará tal como es en la vida eterna. La gloria final de la resurrección será la victoria definitiva a que Jesucristo nos conduzca por medio de la cruz.

* * *

Para superar esa oposición y hostilidad entre ambas espiritualidades, que va contra el Evangelio, se ha buscado un equilibrio, que conserve la individualidad de cada una y coordine sus diversas actividades en la unidad del Cuerpo Místico. Persisten distintas, encarnada cada una en un ser humano distinto, pero complementarias "in aedificationem Corporis Christi". Los religiosos, los sacerdotes vivirán su vocación con un sentido renovado: el sentido de la caridad, que según el Apóstol es una virtud activa, no pasiva. Conservarán sus renunciaciones y su segregación y sus ayunos, pero al servicio gozoso de los otros, los hombres creadores. Renunciarán a la familia, renunciarán a toda obra directamente creadora, pero para ayudar, para inspirar la obra creadora que los hombres del mundo realizan. Así se coordinarán las actividades de los diversos miembros del Cuerpo místico hacia un resultado final, que no será de disminución o aniquilación sino de una mayor y definitiva expansión de la creación. No es difícil ver que en el fondo de esa simbiosis espiritual, se da la primacía a la espiritualidad creadora. El fin de la creación, la trasmisión de la vida material, el aumento de la producción, la mayor eficacia de la técnica, la promoción humana, en definitiva, son obra de la vocación laical. Las vocaciones religiosas o

sacerdotales son una excepción, que sólo se legitiman en esta hipótesis para ayudar a la realización de las vocaciones adámicas; son simplemente vocaciones auxiliares o preparatorias de las otras, las grandes vocaciones de padres o madres de familia, hombres de empresa, artistas, políticos... ¿Quién querrá entonces abrazarse con estas vocaciones secundarias? ¿No será signo de infravitalidad el recluirse en un monasterio o hacer voto de castidad? La huída del mundo no será en el fondo más que un camuflaje de una impotencia vital. Y la verdad precisamente es todo lo contrario. Es una frase conocida de S. Ignacio que el que no sirve para el mundo no sirve para la religión. Y la Iglesia ha proclamado siempre la virginidad como superior al matrimonio (10), siguiendo la predilección de S. Pablo por dicha virtud y la doctrina del divino Maestro. (Mt 19,12). "Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, dice el Apóstol, (1 Cor 7,25); pero yo quisiera que todos fueran como yo, mas cada uno recibe de Dios su propio don" (1 Cor 7,7). He aquí su consejo: "A los célibes y a las viudas les digo que es bueno permanecer como yo" (1 Cor 7,8); a los casados "¿Estás ligado a mujer? No intentes desligarte. ¿No estás ligado a mujer? No la busques" (1 Cor 7,27); para terminar categóricamente: "El que se casa con su virgen hace bien; y el que no se casa hará mejor (1 Cor 7,38). Y si el matrimonio es una vocación positiva, más positiva aún es la resolución de los esposos que por amor de Dios y servirle más abnegadamente se separan voluntariamente para abrazar ambos la vida religiosa.

A esa visión complementaria pertenecen las fórmulas de compensación, que tampoco convencen. Los miembros del cuerpo místico, dicen y con razón,

no pueden desarrollarse según principios opuestos, en virtud de los cuales a unos toca expansionarse y a otros abnegarse. La ley de su desarrollo no es mas que una. La coexistencia de las vocaciones más extremas en la Iglesia se explica por una razón de compensación. Los sufrimientos de unos compensan los gozos de los demás. El cartujo p.ej. organiza su vida de la manera más mortificada posible para asegurar el bienestar y la vitalidad de las familias cristianas. La monjita sacrificada sería el pararrayos que asegurase a los burgueses de su ciudad una vida tranquila y confortable. Esta mística de sustitución será alabada por Leon Bloy, pero no la avala ningún texto evangélico. S. Pablo escribiendo del Cuerpo místico, no dice que un miembro sufre para que los demás se alegren, sino precisamente todo lo contrario: "Si un miembro sufre, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los miembros se congratulan con él" (1 Cor 12,26).

* * *

Hay una teoría espiritual reciente muy sugestiva. La de Teilhard de Chardin. Según ella la acción y la pasión se dividen la vida del hombre. El asimiento y el desasimiento, la posesión y la renuncia, el obrar y el padecer, no son sino dos fases de un mismo esfuerzo (11). De ninguna manera son dos términos que se excluyan, sino que se "armonizan entre sí como en el juego de nuestros pulmones la inspiración y la espiración del aire. Son dos tiempos de la respiración del alma, o si se prefiere, dos componentes del impulso mediante el cual el alma continuamente toma pie en las cosas para superarlas". La pasividad es consecuencia de la actividad, porque concibe la vida en perpetua evolución, a modo de una espiral.

(10) Cfr. Encíclica Sacra Virginitas, Pío XII, 1954, con los testimonios que recoge de la antigüedad.

(11) Cfr. P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*, trad. españ. Madrid 1959, p. 94.

que avanza y retrocede continuamente. Ningún punto se pierde totalmente, sino que se reencuentra en un plano superior transfigurado. "El término de la creación no hay que buscarlo en las zonas temporales de nuestro mundo visible". "El camino regio de la Cruz es el camino del esfuerzo humano, rectificado y prolongado sobrenaturalmente" (12). "Jesús en la Cruz representa la creación, que sostenida por Dios, remonta las pendientes del ser, tan pronto agarrándose a las cosas para apoyarse en ellas, como arrancándose de ellas para superarlas". Luego deducimos, la cruz se explica por la creación y no a la inversa. O en otros términos, la cruz es interior a la evolución creadora. En esto coincide con las teorías exaltadoras de la creación; pero no ve oposición, sino contrapartida o movimiento pendular entre la acción creadora y la inercia, que opone la pasividad de la resistencia. Psicológicamente las pasividades de crecimiento se reciben bien; pero no así las pasividades de disminución, que sólo a la luz de la fe pueden ser aceptadas como visitaciones de Dios, que decía S. Ignacio. En la concepción evolucionista de Teilhard los fracasos individuales tienen sentido positivo sólo en la visión del conjunto. Aisladamente sólo dejan el amargor de la destrucción; en el conjunto se reabsorben en una resultante final de crecimiento. Esta concepción tiene el gran acierto de proponer una ley homogénea de desarrollo del Cuerpo místico. Pero con una visión de las ciencias biológicas o experimentales que hace temer el que no siempre quede suficientemente deslindada la entidad del Cuerpo místico de ese universo en concentración polarizado hacia el punto Omega. Su bella expresión y ese fácil deslizamiento de lo biológico a lo espiritual explican la gran seducción ejercida sobre los hombres de hoy.

(12) Cfr. TEILHARD o. c. p. 104.

Y frente a esta teoría y a todas las exaltadoras de la creación, quede también claro que por muchos esfuerzos que haga el hombre, nunca conseguirá por sí mismo su salvación. El término de la creación, que esos mismos autores buscan más allá de las cimas visibles del mundo, es puro don de Dios. "La esposa del Cordero aparecerá bajando del cielo al fin de los tiempos". "La ciudad donde habita la justicia" no seremos nosotros quienes la presentemos a Dios; sino que vendrá de El hacia nosotros totalmente construída" (13). La santidad no es obra de puños; es don de Dios. Y toda obra que realice el hombre sólo será santa desde afuera y desde arriba, en virtud de la fuerza que el hombre reciba de la única fuente de santidad, que es Dios. Además, en segundo lugar, para llegar a esa consumación hay que pasar por la Redención. La renovación final anhelada ha de pasar por la muerte; no puede ser de otro modo, a semejanza de Jesucristo, a quien su Padre otorgó la victoria de la Resurrección después de haber pasado por la Pasión y la Muerte. Creación y Redención son los dos polos esenciales de la espiritualidad cristiana. Ninguno puede suprimir ni desplazar al otro. Hay que evitar caer en el dualismo o en la identificación de esos dos términos. En la antigüedad los gnósticos cayeron en el error de exaltar al Dios de la Redención en contra del Dios de la Creación. Los hombres de hoy propenden a exaltar al Creador contra el Redentor.

La solución está en coordinar justamente creación y redención, naturaleza y gracia. La gracia supone la naturaleza, la eleva, la perfecciona y la trasciende, sin que dependa en su actuación de las riquezas concretas del hombre. Sin destruir nada bueno que

(13) Cfr. L. BOUTER, *Christianisme et Eschatologie*, Vie intellect., octubre 1948, p. 35; *Où en est la théologie du Corps Mystique?*. Rev. des Sc. relig. 22 (1948), 313-333.

tenga la naturaleza; sin dejar de aprovechar los valores pocos o nuevos que tenga, trasciende plenamente todas sus posibilidades y vuelos. Y sólo la gracia permite al hombre llegar al estado sobrenatural a que Dios lo ha destinado. De modo que de hecho el hombre no puede alcanzar su perfección, ni en su propia línea natural de hombre, sino de la mano de la gracia, que le es dada (14). Así la creación es llevada felizmente a su fin por la redención. La cruz no es un lujo, ni es algo marginal a la creación; sino que le es algo vital, pues sólo por ella recibe la vida y la vida en abundancia.

* * *

Hay, pues, que buscar una fórmula unitaria. Y las ha habido felices en nuestro tiempo. Se podrá admitir una espiritualidad monacal y una espiritualidad laical, que no son más que formas de una sola y única santidad. Para todos la santidad consiste en la unión con Dios en Jesucristo. Y todos tienen obligación de tender a ella, sean sacerdotes, religiosos o simples fieles. Podrá haber diversos grados en esa unión, que es don de Dios; podrá haber diversas respuestas por parte del hombre, pero el "ser en Cristo" es esencialmente el mismo en el sacerdote y en el laico. Serán diversas las situaciones y condiciones de vida del religioso y del seglar, serán diversos los estados y deberes de cada uno. Y por ello se podrá hablar con derecho de una espiritualidad laical y de una espiritualidad monacal o religiosa. Incluso dentro de esos grupos generales podrán darse ejercicios concretos diversos, que darán nombre específico, así p. ej. dentro de la espiritualidad religiosa la benedictina, la carmelitana, la ignaciana; dentro de la laical, la matrimonial o familiar, la jocista, la de los

boyscouts. Pero todas no son sino formas particulares de una santidad idéntica y común a todos los fieles cristianos.

Una de esas fórmulas unitarias es la de G. Thils. El gran publicista belga distingue dos dimensiones en la santidad, que él llama: vida teologal y vocación temporal (15). Designan las dos vidas que todo cristiano debe vivir a un mismo tiempo, o los dos aspectos de su actuación: uno divino y otro humano, uno trascendental y otro temporal. Son las dos manos que S. Francisco de Sales distingue en el niño que sale de paseo con su padre: Con una de ellas se agarra a su padre y con la otra coge fresas o moras a lo largo de un seto (16). Ese padre es Dios, del que nunca debe soltarse; las fresas son las faenas temporales. Equivalen a la contemplación y la acción, o la oración y el trabajo de la acesis clásica. Y esas dos dimensiones se han de dar en todo fiel creyente, sea religioso de vida contemplativa, o sacerdote plenamente entregado a la vida apostólica o seglar comprometido en el mundo. Para todos ha de haber una tarea o quehacer temporal, sea de tipo profano o sagrado, y una vida de unión con Dios consciente y desinteresada, o sea no buscada solamente por un apostolado fecundo. Podrá acentuarse una u otra dimensión, y caracterizar así los tipos ideales de la espiritualidad cristiana: monástico, sacerdotal y laico. Pero será a base de esa doble orientación mística y temporal. Así la espiritualidad del monje se llama "acósmica" por realizarse en un espacio de extraterritorialidad señalada por los muros de la clausura; pero lo temporal, aunque sea en grado mínimo no se puede excluir de su vida, en forma de estudio o investiga-

(14) Cfr. B. JIMENEZ DUQUE, *Teología de la mística*, Madrid 1963, p. 70.

(15) Cfr. G. THILS, *Santidad Cristiana*. trad. españ. Salamanca 1960, p. 27ss.

(16) S. FRANCISCO DE SALES, *Intr. a la vida dev.*, P. III, c. 3.

ción, ejecución de obras de arte, cultivo de la huerta, confección de objetos religiosos, fabricación de licores etc. La espiritualidad sacerdotal está impregnada de profundidad hierática y cultural. Lo primario para el sacerdote es ser mediador entre Dios y los hombres, ofrecer al Señor sacrificios por el pueblo, cuidar del templo y de las cosas sagradas, enseñar la verdad revelada, dirigir la vida religiosa de la comunidad a él confiada. Eso supone una gran tarea en el campo sagrado o eclesiástico. Es su vocación temporal, que debe ir unida a una profunda vida interior. El laico, en cambio, tratará de santificarse en el mundo en una vocación temporal de tipo profano. Su quehacer temporal en la vida profesional, familiar, social... será lo que ocupe la mayoría de su tiempo. Pero equilibrado y santificado por una vida en gracia, de oración y unión con Dios.

* * *

En esta línea unitaria hay otra concepción muy acertada (17). La redención tanto como la creación son obra del amor de Dios al mundo. Por amor Dios hizo al mundo, por amor le entregó a su Hijo; por amor Este se hizo hombre y padeció; por amor al mundo, Jesucristo murió y resucitó. Tres aspectos se distinguen en ese único amor: cósmico, soteriológico y escatológico. Un amor a la creación, un amor de redención y un amor trascendente o de consumación en el Reino. Así también ha de ser la postura del cristiano en el mundo; sólo conjugando esos tres amores puede continuar la obra de Cristo en la Iglesia. La misión del seglar se puede sintetizar en esta frase: Afirmar el mundo para redimirlo y elevarlo a su consumación en

Dios. En esa triple actuación se encierra ese triple amor. El cristiano está llamado a la perfección, que consiste en definitiva en la perfección del amor que se nos ha dado en Jesucristo por el Espíritu Santo. Lo primero es amar el mundo, cumpliendo el mandato del Génesis; el llamado por algunos apostolado de la propia existencia, que es la entrega leal y franca a la propia profesión, a la familia, a la faena a que se siente llamado por Dios; cumplimiento de los deberes de estado; servicio fiel con su doble exigencia de competencia y dominio regio de nuestro haber, seguido de un verdadero compromiso y responsabilidad ante Dios y los hombres. Pero no puede reducirse al amor de los valores intramundanos, sino que tiene que orientarse hacia Dios, meta sobrenatural del hombre, con un amor que trasciende el mundo; es el amor a un Dios, que a pesar de haber venido a la tierra, se oculta todavía en la lejanía de la fe. Y muchas veces la más fiel expresión realizadora y tangible de ese amor escatológico a Dios es la renuncia o abnegación a un valor intramundano por ese otro valor superior que sólo se posee en fe y en esperanza (18). En este sentido se ha afirmado por Carlos Rahner que la renuncia evangélica es subjetivamente el medio mejor para la perfección del amor. Y junto al amor cósmico y el escatológico, el soteriológico. Vivimos en un mundo caído; nosotros mismos estamos sujetos a la ley del pecado. El mundo y nosotros necesitamos, pues, ser salvos. Y esa salvación sólo nos puede venir de Dios a través de la Cruz. La espiritualidad seglar está también bajo el signo de la cruz. Y cruz significa sacrificio, renuncia y muerte en Cristo. Tres amores que constituyen la plenitud del amor cristiano. Tres amores que han de realizarse en toda espiritualidad para que sea auténticamente

(17) Cfr. A. SUSTAR, *El laico en la Iglesia*, en *Panorama de la Teología actual*, Madrid 1961, p. 671.

(18) K. RAHNER, *Escritos de Teología*, III trad. españ. Madrid 1961, p. 66.

cris­tiana. Con in­tensidad y acentua­ción di­ver­sas, pero con pre­sen­cia in­dubi­table. En el monje se subra­yará el amor trascen­dente: pro­cu­rará ir a Dios del modo más di­recto po­si­ble y para ello aban­donará lo más po­si­ble el mundo; pero nunca podrá ne­gar el amor cósmico. El sacer­dote mos­trará más de­sar­rollado el amor so­te­rioló­gico. Por­que su misión es ser *cura* de almas. Y para ello será sa­cado del mundo, y en­viado de nuevo al mundo, para con­ti­nuar el ofi­cio de Reden­tor. El laico, “que tiene su puesto ori­gina­rio en el mundo, y lo con­ser­va en cuanto cris­tiano y se en­tre­ga a él en cuanto tal para la reali­zación de su exis­tencia”, ejer­citará prin­ci­pal­mente el amor cósmico. Con­fi­gu­rará las cosas según el orden im­puesto por Dios, y al hacer obra de mundo hará obra de Dios, de modo que no habrá ámbi­to re­ligio­so al mar­gen de su exis­tencia (19). Pero por grande que sea su amor cósmico, no puede detenerse en él, sino que a través de él tiene que con­ju­gar los otros dos amores: el so­te­rioló­gico y el esca­toló­gico. Ha de afir­mar el mundo, pero también ha de ne­garlo en lo que tiene de pe­cado. Ha de estar en el mundo sin ser del mundo. Habrá de estar en

una ten­sión con­stan­te con un con­ti­nuo sí y no al mundo. No puede aban­donar el mundo, pero tampoco puede aban­donarse a él. Más aún, tiene que en­tre­garse lealmente a él, pero con­ser­vando su libertad de rey de la crea­ción. El mundo no tiene su sentido úl­timo en sí mismo, sino en Dios. Por eso ne­cesita ser redimido por una fuerza su­pe­rior. Y el llama­do a redimirlo, más con­cre­ta­mente a humanizarlo y cris­tianizarlo, que a eso se re­duce la “con­se­cratio mundi”, es el fiel laico. Junto a esas dos di­men­siones de afir­mación del mundo y des­pre­ndi­miento del mundo debe re­lucir siem­pre la tercera di­men­sión de la flecha ascen­dente hacia Dios. En su in­timidad, todo laico, por esta su mirada hacia Dios, es un monje (20). En defi­ni­tiva, la piedad laical no se puede decir que sea inferior ni superior a cual­quier otra, ni “más fá­cil” ni “menos plena”. La san­tidad es una y la piedad se puede decir que es unitaria, pues, sus tres di­men­siones amorosas esen­ciales se en­cuen­tran en todo cris­tiano, dis­tin­ta­mente ejer­ci­ta­das según se trate de un monje, de un sacer­dote o de un laico, pero siem­pre vi­gorosa­mente pre­sen­tes.

(19) Cfr. F. X. ARNOLD, *Kirche und Laien­tum*, Tübingen 1954, pp. 37-38.

(20) Cfr. D. THALHAMMER, *Die evangeli­schen Räte und der Stand der Weltchristen*, en *Der Grosse Entschluss*, 8, 1952-53, p. 239.